



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . Fr. 5.--
Otros países . . \$ 3.--

Valiosas exhortaciones

Exposición del Mensajero del Eterno

EL Señor nos da magníficas exhortaciones para estimularnos a seguir sus caminos, para que podamos alcanzar la meta que nos es propuesta y que comprende muy especialmente el cambio completo del carácter. Él nos dice por el apóstol Juan: "Hijitos míos, guardaos de los ídolos."

Lo más a menudo, los seres humanos tienen ídolos sin saberlo. Se trata, pues, en primer lugar de darnos cuenta de lo que son esos ídolos de que nos habla el apóstol Juan, para que podamos desembarazarnos de ellos.

El Eterno había establecido un Reino en la tierra, en el cual había puesto todo lo que era necesario para la prosperidad y el mantenimiento de los seres humanos. En ese Reino había Adán y Eva que podían resistir a la tentación que vino a ellos. Las Escrituras nos dicen que es Eva la que fue seducida. Pero Adán era completamente responsable, y pecó porque amó más a Eva que al Eterno.

Así la mujer infringió la ley divina, lo que representaba una gran ofensa al Eterno; pero su ofensa era esencialmente espiritual. La cuestión primordial no consistía en comer o en no comer, sino en obedecer. No es el fruto que comió que hizo morir a Eva, sino su desobediencia. Ella desobedeció porque prefirió ventajas personales a su Bienhechor.

El seductor le dijo que la transgresión del mandamiento divino le valdría una inmensa ventaja; incluso le dijo: "Seréis como dioses." Eva desobedeció, pues, a causa de esa ventaja en perspectiva. Inmediatamente hubo la ruptura de la amable comunión con el Eterno.

Fue muy doloroso para el Eterno, que le tenía un afecto muy grande a la primera pareja humana. Para comprenderlo mejor, basta con ponernos en el lugar de un padre que ama a su hijo de todo corazón y que le advierte acerca de una peligrosa añagaza.

Le advierte del lazo, y le muestra toda la pena que le causaría su desobediencia. Pero, he ahí, interviene una tercera persona que le dice al hijo: "Todo esto no es cierto: no hay peligro alguno. ¡Al contrario, obtendrás una inmensa ventaja!"

Cuando el padre, que se ha abnegado con todo su corazón por su hijo, ve que éste no ha sabido apreciar su abnegación y escucha a un extraño más que al que le quiere bien, está profundamente afligido. Esa fue la situación entre el Eterno y Eva. La caída consistía sobre todo en una falta de estima al Eterno. Para Eva, su ídolo era el deseo de conocer y el deseo de obtener una ventaja.

Cuando consideramos las cosas desde este punto de vista, vemos que tenemos aún mu-

chos ídolos en nuestros corazones: consisten en los hábitos adquiridos, a los que nos hemos apegado a veces mucho más que a los amables consejos del Señor.

Después de la caída, como lo menciono más arriba, nuestros primeros padres quedaron cortados de la comunión divina. Adán conoció que estaba desnudo, es decir, que había salido de la protección divina. Esto le hizo el efecto de una terrible ruptura, porque la falta de comunión con su Dios fue para él una pérdida muy penosa. Nos ha sucedido también a veces una ruptura con amigos que amábamos mucho, esto a causa de una dificultad, y porque ni uno ni otro quería renunciar.

¡Es muy doloroso cuando un amigo que amamos nos cierra su corazón! Yo lo he experimentado ya de niño. Yo tenía a un amiguito a quien amaba mucho y con el cual siempre jugaba. Pero un día reñimos. Durante más de un mes no nos dirigimos la palabra. Para ambos la situación era sumamente penosa y dolorosa, pero ni uno ni otro tenía suficiente humildad para dar el primer paso.

Cuando finalmente quedó restablecida la comunión, nos decíamos uno a otro: "¡Si solamente hubieras dado el primer paso, era tan doloroso sentir esta falta de contacto entre nosotros!" Es así no tan sólo para los pequeños, sino también para los mayores.

Mi pequeña explicación permite comprender mejor las relaciones amables, íntimas y profundas que debieran existir entre el Eterno y sus criaturas que ama y a las cuales desea hacer el bien. Nada subsiste sin una circulación. El ser humano sólo puede existir verdadera y durablemente cuando está en contacto permanente con su Creador. Si falta la comunión, su vida es entonces moribunda y se le escapa más tarde o más temprano.

Actualmente, todos los seres humanos están en esa situación, puesto que nacen de padres que ya han perdido la comunión divina. David lo comprendió, y por eso dijo en su salmo 51: 5: "En la iniquidad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre." En efecto, los seres humanos vienen al mundo actualmente sin el consentimiento del Eterno, sin su aprobación y sin su bendición. Casi podríamos decir que son introducidos en la tierra de contrabando.

En efecto, ¿a quién pertenece la tierra, sino sólo a Dios? Habría, pues, que pedirle permiso antes de traer hijos al mundo. Después habría que educarlos de modo que se condujesen como es debido en la tierra y observaran las leyes que el Eterno ha establecido, puesto que vivimos de su hacienda.

Como lo podemos concebir, en primer lugar

convendría que los padres estuvieran sometidos al Señor, y este no es el caso. Por eso sus hijos no son de Dios, puesto que no tienen su mentalidad. Nuestros primeros padres sí que eran hijos de Dios. La prueba irrefutable de que lo eran, es que el organismo que nos han legado es de origen divino, desde el punto de vista de su funcionamiento. En efecto, funciona de un modo irreprochable, con tal que los seres humanos no lo violenten en exceso.

Por el hecho del conocimiento de la verdad, estamos acostumbrados actualmente a considerarlo todo desde el punto de vista de la ley divina. De esta manera podemos discernir muy fácilmente que nuestro cuerpo funciona de perfecto acuerdo con la ley de Dios, y que lo más a menudo es sólo nuestro espíritu que no es dirigido por la influencia divina.

Ahora sabemos lo que significa tener uno o varios ídolos. Tan pronto como amamos a alguien o ciertas cosas más que al Eterno, es que tenemos un ídolo. Como lo digo a menudo, el ídolo puede ser un marido, una compañera, un amigo, un hijo, una hija, etcétera. Pueden ser también objetos, costumbres, ideas personales, u otras cosas también.

Son nuestros ídolos que destruyen inmediatamente el acuerdo que debiera existir continuamente entre el Eterno y nosotros; provocan la falta de contacto, también la falta de cobertura y la falta de bendición. Se produce un déficit en toda la línea, simplemente por faltar en nosotros el circuito del fluido vital. En efecto, el espíritu de Dios es el fluido de vida que procura al hombre su alimento principal, que es el alimento espiritual.

Lo podemos constatar sobre todo comparando las impresiones tan distintas que hacen en nosotros los pensamientos de tristeza y las impresiones que regocijan. Los pensamientos de alegría alimentan nuestra alma para la vida, mientras que los pensamientos que hacen sufrir graban en nosotros impresiones que nos llevan a la sepultura.

Este hecho es de una importancia capital y es muy cierto. Así, cuando dos cónyuges han vivido mucho tiempo juntos, si uno de ellos muere, a menudo el otro no le sobrevive mucho tiempo, porque encuentra demasiado a faltar la comunión agradable que antes tenía con su cónyuge. Al habérsele suprimido de golpe el alimento del alma al cual estaba acostumbrado, no puede soportar esa pérdida.

Desde luego que eso tiene lugar cuando no se pone la quintaesencia del afecto en el Eterno. En efecto, si lo amamos verdaderamente, la compensación que nos es dada por El con el fluido vital colma abundantemente todos

los déficits. Es lo que movió al apóstol Pablo a decir: “En donde la aflicción abunda, sobrea-bunda la gracia.”

Tenemos el derecho e incluso el deber de demostrar afecto a nuestros semejantes. Sin embargo, siempre es necesario que nuestro amor esté subordinado al afecto primordial que debemos tenerle al Eterno, que es la Fuente de la vida y de la bendición.

La influencia del espíritu de Dios elimina todos los déficits, todas las dificultades, todas las tribulaciones y todos los disgustos que puedan asaltarnos. Esos son colmados en el transcurso de la existencia por nuestra esperanza en las promesas del Eterno.

En la restauración de todas las cosas, habrá una magnífica circulación de afecto entre los seres humanos. Sin embargo, su afecto quedará siempre subordinado al afecto principal que deberán tenerle al Eterno. La ley de las equivalencias ilustra esas cosas de una manera poderosa y luminosa.

Al principio de la carrera, al procurar vivir el programa divino, nuestros familiares nos hicieron reproches; nos dijeron que dábamos la preferencia a la familia de la fe. Es que es la formación de una familia totalmente nueva que se manifiesta. Es la verdadera familia que entra en función, la que no muere más, porque subsiste eternamente.

Si somos fieles a los principios que rigen esa familia, más tarde o más temprano podremos atraer también a nuestra familia según la carne en la buena dirección; la invitaremos también a incorporarse a su vez en la verdadera familia divina, la cual es la única que tiene derecho a la existencia.

Esta familia admirable no funciona aún ni vive como convendría; es por lo que no desprende aún el poder que por medio de ella debería manifestarse. No hay todavía en su seno el amor de hermanos en la profundidad que debiera notarse, para que cada uno pudiera decir: “Mirad como se aman”.

Esta será la realización práctica de lo que experimentó David cuando dijo: “¡Mirad cuán bueno y cuán agradable es para los hermanos estar unidos juntos en armonía! Es como el rocío que desciende de Sion; es allí donde hay vida por la eternidad.” Es la circulación del amor divino que produce ese maravilloso ambiente.

En donde hay amor, hay Dios, pero en donde no hay amor, Dios está ausente. El apóstol Juan nos dice también: “Todo aquel que ama ha conocido a Dios, el que no ama nunca le ha conocido.” Y eso aunque supiera de memoria todos los pasajes bíblicos.

Es indispensable que podamos desarrollar el amor unos con otros, hecho de estima y de consideración. Se basa en la confianza que el Eterno nos concede, llamándonos a realizar la condición de un hijo en su Casa.

Es menester que podamos ser una ilustración del Reino de Dios y de la familia divina, de una manera absolutamente convincente para los seres humanos. Para esto es absolutamente necesario echar a un lado todos nuestros intereses personales,

Una persona virtuosa presenta una magnífica ilustración del Reino de Dios. Una persona viciosa, al contrario, da un testimonio muy malo. Si nos dejamos llevar por pensamientos, palabras y acciones en desacuerdo con los principios del Eterno, no estamos en su Reino y lo ilustramos tristemente. Entonces ilustramos simplemente el reino del adversario.

Así no podemos ciertamente heredar el Reino

de Dios. Tampoco lo podemos si somos un gastrónomo consumado, que no procura hacer lo necesario para reprimir sus instintos de glotón y de gastrónomo, realizando así la moderación que conviene en todo, y si no se transforma radicalmente.

Al examinar las cosas desde el punto de vista científico, observamos que el sostenimiento físico de nuestro organismo no necesita más que una cantidad muy pequeña de linfa. Tenemos, pues, que ordenar e instrumentar el abastecimiento de nuestro organismo según la ley a la Cual él está sometido, con objeto de realizar continuamente un circuito armonioso que no fatigue nuestro cuerpo.

Requiere lograr una reglamentación normal de la alimentación individual. Todo lo que se absorbe en demasía obliga al cuerpo a un trabajo suplementario que lo fatiga y lo debilita. Por tanto, no hay que comer demasiado ni demasiado poco, sino exactamente según las necesidades del organismo.

Desde el punto de vista espiritual debemos también seguir una línea de conducta bien determinada. Debemos siempre ser dependientes del Eterno, nunca hacer algo que le desagrade.

Lo que no agrada al Eterno es que hagamos algo que perjudique a nuestro prójimo, no importando la medida en que lo hagamos. Debemos amar a todos los seres humanos, aun a los que nos desagraden, puesto que debemos amar incluso a nuestros enemigos.

Esta es la lección de fondo que hemos de aprender. Si nos cuesta aprenderla, es a causa de nuestro carácter falseado; tenemos siempre tendencia a pagar a nuestro prójimo con la misma moneda. Si nos hace mal, sentimos en seguida animosidad, antagonismo, e incluso nos vienen muy fácilmente pensamientos de venganza. Por tanto, debemos vencernos a nosotros mismos y dominar nuestro mal corazón, dejando que la escuela del Señor opere una plena y entera reforma.

Debemos ser como luminas que brillan en medio de las tinieblas, para que los seres humanos vean nuestras buenas obras y alaben al Eterno en el día de su visitación. No es por cierto con nuestro antiguo carácter como podemos brillar como luminas y realizar buenas obras. Por lo tanto, se trata de hacer lo necesario, cambiando nuestro corazón y buscando cada vez más profundamente la comunión divina.

Debemos vigilar nuestros sentimientos para que éstos sean siempre amables y benévolos. Es preciso que en nuestros hechos y gestos la misericordia esté siempre activa hacia nuestro prójimo, cualquiera que sea. En una palabra, es menester que nuestra línea de conducta sea un ejemplo para todos. Para esto no tenemos que tener ídolos en nuestro corazón.

El Señor Jesús dijo: “El que ama a padre o madre, a marido o mujer, a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí”. Por eso, si tenemos lazos de amistad más profundos con una persona, cualquiera que sea, que con el Señor, somos forzosamente inclinados hacia un camino que nos distrae del programa divino.

Por otro lado, no hay tampoco que abandonar a la familia propia, porque es completamente contrario al pensamiento divino; no sería de ningún modo servir así al Eterno. El mismo dice que aquel que no tiene cuidado de los suyos es peor que un infiel.

Los caminos divinos están completamente desprovistos de egoísmo y de sectarismo. Sus sendas no contienen ninguna huella de fanatismo ; son sencillas, como la verdad es

sencilla y fácil de comprender. En cambio, los seres humanos son complicados porque están acostumbrados a la mentira y a la hipocresía.

Las sendas divinas son todos de afecto, de benevolencia y de alta consideración. Si decimos que amamos al Eterno, y si obramos constantemente contra su voluntad, esta es bien la prueba de que nos engañamos con falsos razonamientos, y que estamos completamente fuera del programa divino.

Lo que debemos realizar, es amar al Eterno más que todo, y subordinarle todo, lo que será simplemente un culto razonable, El Eterno no procura para nada hacerse idolatrar, pero la circulación que debe hacerse en nosotros, para que seamos viables, quiere que realicemos la equivalencia de las cosas recibidas.

El Eterno es nuestro Bienhechor, el Autor principal de nuestra salvación y de nuestra bendición; sin El no podemos hacer nada, sin su misericordia manifestada en Jesucristo, estaríamos irremediablemente perdidos, Comprendemos así el circuito natural de todas las cosas; este último exige imperiosamente que traigamos a nuestro Bienhechor la quintaesencia de nuestro afecto, de nuestra sumisión y de nuestra abnegación.

En suma, el Eterno sólo pide de nosotros que seamos felices. Es precisamente al seguir la hilera que acabamos de indicar como esta felicidad puede ser realizada. Por tanto, llegar a ser felices y viables depende de nosotros y sólo de nosotros.

Como lo vemos, es indispensable que demos al Eterno el primer lugar en nuestro corazón, puesto que es la Fuente de la vida y que sin su comunión no podemos ser verdaderamente felices. No debe haber nada más precioso en nuestro corazón que el Eterno. Así nada podrá separarnos de El.

Cuando realizamos en nosotros estas condiciones esenciales, la circulación del fluido vital puede operarse con poder en nuestro corazón; tenemos entonces la vida eterna. El real sacerdocio se asocia a nuestro querido Salvador para socorrer a los seres humanos.

El pequeño rebaño, pues, muere con él como sacrificio, y resucita a la naturaleza divina en la condición de la inmortalidad. En cambio, el Ejército del Eterno, que vive la ley divina fielmente, logra la vida eterna en la tierra. Sus miembros son árboles de justicia, un plantío del Eterno para servir a su gloria.



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hemos hecho esfuerzos para vencer algún ídolo, conservado la alegría por no contrarrestar más al espíritu de Dios?
2. ¿Hemos tenido éxito sobre nuestro espíritu religioso y autoritario, amado sin reserva, renunciado fácilmente?
3. ¿Hemos sentido nuestras caídas, recobrado la comunión divina, traído maravillosas impresiones en nuestro medio?
4. ¿Hemos logrado nuestras lecciones de humildad, de fe, de gratitud y de amor?
5. ¿Han sido nuestras reacciones divinas, nuestro ejemplo en bendición, nuestros esfuerzos redoblados, nuestra fe viva?
6. ¿Hemos realizado un maravilloso equilibrio, que permite llevar siempre el estímulo, consuelo, confortamiento y bendición?